



EL DESPLAZAMIENTO DE LA CASTRACION EN MARTIN FIERRO

ANTONIO LAS HERAS

RESUMEN

Es nuestra hipótesis que en el poemario titulado Martín Fierro (libro escrito por José Hernández a fin del Siglo XIX y que refiere a la vida del gaucho en la llanura pampeana) no encontramos descripciones de detalladas y extensas de la infancia del protagonista por la razón de que la infancia de la que hay que ocuparse es de aquella – que sí está descrita – y es cuando Fierro devenido hombre en cuanto aspecto cronológico, empero actúa un comportamiento que puede calificarse de infantil. Tal vez, también, intrauterino o paradisiaco, simbolizado esto por la campiña donde ningún imprevisto es esperable, las jornadas se reiteran en monotonía absoluta sólo perturbada por los cambios climáticos en tanto la vida transcurre bucólica y serena, en medio de un permanente estado de aparente alegría y entusiasmo cual si todo fuera un juego de niños.

Analizamos lo descrito desde la óptica de la Psicología Junguiana investigando

las posibles manifestaciones de los arquetipos del Héroe Solar, el Paraíso Perdido, el Paterno, el Anima y la Gran Madre Ourobórica.

Palabras clave: Gaucho; llanura pampeana; psicología junguiana; arquetipos; ouróboros; anima; héroe solar; Gran Madre; castración.

MARTIN FIERRO'S CASTRATION DISPLACEMENT

SUMMARY

In the epic poem Martín Fierro (written by José Hernández, end of XIX^o century, and referring to the gaucho's life and the Pampa) we do not find descriptions in detail of the main character's childhood because the childhood that has to be taken into account -and it is hence described- is Fierro behaving childish, despite being an adult. Maybe, intrauterine or heavenly, symbolized by the countryside where nothing is unexpected, days go by in absolute monotony, only disturbed by weather changes. Life is bucolic and quiet, in



constant happiness and enthusiasm as if it were a child's game.

We will analyze all this from Jung's psychology model, taking into account the manifestations of such archetypes as

Solar Hero, Lost Paradise, Father, Anima and the Great Ouroboric Mother.

Key words: Gaucho; Pampa; Jung's psychology; archetypes; ouroboros; anima; solar hero; great mother; castration.

Es nuestra hipótesis que en el libro Martín Fierro no encontramos descripciones de la infancia detalladas y extensas del protagonista, por la sencilla razón de que la infancia de la que hay que ocuparse es de aquella – que sí está descrita – y es cuando Fierro devenido hombre en cuanto cronológico, empero actúa en un ámbito infantil y, tal vez, también intrauterino, simbolizado por la campiña donde ningún imprevisto es esperable, la vida transcurre bucólica y serena, en medio de una permanente alegría y entusiasmo. Una verdadera “Edad de Oro” donde la vida es segura, previsible, protegida; como suele ser tan anhelada en el imaginario de muchas personas.

La calidez del útero, la protección otorgada por la divinidad en el Paraíso donde las reglas son obedecidas sin chistar, la protección materna simbolizada por la tierra, la llanura fértil siempre proveedora, el orden establecido sin corte ni discontinuidad, permiten transitar a la familia de Martín Fierro por la sensación de libertad; protegida libertad. Se encuentra en una situación de castración, pasivo, entregado y disciplinado.

El gaucho lo describe de este modo:

“Yo he conocido esta tierra

en que el paisano vivía

y su ranchito tenía



y sus hijos y mujer...

era una delicia el ver

como pasaba sus días.”

“Entonces... cuando el lucero

brillaba en el cielo santo,

y los gallos con su canto

nos decían que el día llegaba,

a la cocina rumbiaba

el gaucho... que era un encanto.” (Hernández, 2004, p.35)

La utilización del término “encanto” no podía ser más adecuado en este caso. Pues la descripción que se está otorgando más parece surgida de la fantasía, de la expresión de un deseo, que de algo que en verdad pudiera ocurrir.

En “A más de medio siglo de “El Malestar en la cultura” de Sigmund Freud” (Braunstein, p.44) se recuerda que la palabra alemana “reiz” significa tanto “encanto” como “estímulo” y que – siguiendo a Freud – “la `belleza` y el `encanto` son originalmente propiedades del objeto sexual.”

En sus “VII sermones ad Mortuos” (1964, p.391) Carl G. Jung hará referencia a “el encanto de la tierra y la crueldad del cielo...” Donde la tierra simboliza lo femenino y el cielo lo masculino. El “encantamiento” es una conducta arquetípica del Principio Femenino para someter y subsumir a sus designios ala consciencia incipiente o que está conformándose, impidiéndole desarrollarse o bien disolviéndola. La seducción, el encanto y la ternura fueron las armas usuales que utilizó Afrodita para lograr que tanto dioses celestiales como héroes terrenales se rindieran ante ella.



Y continúa el relato de lo sucedido, de este modo:

*“Y sentado junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.”*

*Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.”* (Hernández, 2004, p.36)

Queda en claro que no había un sentimiento de responsabilidad y esfuerzo sino que, al mejor estilo infantil, la vida era tomada como un juego que, a su vez, recibía la aprobación del “patrón” quien, por supuesto, es quien hacer las veces de “padre” tal cual se verá en los fragmentos que siguen:

*“y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.”*

*“ y mil cosas que contar
platicar muy divertidos*



hasta después de cenar.”

“Y con el buche bien lleno

era cosa superior

irse en brazos del amor

a dormir como la gente,

pa empezar el día siguiente

las faenas del día anterior.” (Hernández, 2004, p.37)

“Aquello no era trabajo,

más bien era una junción,

y después de un guen tirón

en que uno se daba maña,

pa darle un trago de caña

solía llamarlo el patrón.” (Hernández, 2004, p.38)

Patrón que premia cual padre (o madre) brindando “un trago de caña” como si hubiera sido un caramelo, cualquier dulce o una caricia. Y el gaucho repitiendo, una y otra vez su actividad diaria, sin cambios, sin posibilidad de progreso ni modificación alguna – tal cual es la esencia de lo paradisiaco; esto es lo intrauterino – con la claridad obtenida después de haber perdido tal estadio que “aquello no era trabajo” (pues de serlo le habría obtenido un progreso, un desarrollo, una evolución; tal lo que persigue el héroe) sino “más bien era una junción.” O lo que es lo mismo: una actuación en términos de juego, de divertimento, de pasatiempo. La creencia típica del psiquismo infantil de que todo está bien y que se encuentra protegido, cuando la realidad es otra. Tan otra en este caso, que ni bien



irrumpe “la leva” aquel patrón que premia con tragos de caña mirará hacia otro sitio y en modo alguno intervendrá para evitar “el destino” de Martín Fierro. Así, de un momento a otro, la Edad de Oro se acaba e irrumpe el destino iniciático del protagonista en tanto héroe.

Lo que aquí encontramos es el riesgo corrido por el joven héroe de ser devorado por el Arquetipo de la Gran Madre o Madre Oubórica. El Ouróboros (simbolizado por la serpiente que se alimenta con su propia cola, imagen clásica sobre todo en el gnosticismo) representa el Todo Primordial, original, capaz de autoabastecerse, de convertirse en su propio alimento. Es el sin principio, ni fin. Así todo quedaría reducido al psiquismo profundo, no consciente. La Gran Madre (lo inconsciente) aún mantiene la capacidad de destruir – al utilizarlo como alimento – a su hijo (lo consciente) que es demasiado joven e incapaz de ejercer una buena defensa contra los deseos devoradores de su progenitora.

Estamos en la etapa de adolescencia y juventud primera. El héroe tiene ya características masculinas (consciencia) pero no suficientemente marcadas. En lo sexual se deja entrever cierta ambigüedad. Esto significa que la consciencia no está madura. Adviértase que Martín Fierro por un lado destaca lo agradable de, una vez llegada la noche, acostarse a dormir con la mujer amada después de haber transcurrido el día con una actividad que parece “una junción.” ¿Cuánto hay aquí del adolescente que llega a la casa a dormir contento después de sus correrías juveniles? ¿Con quién se está acostando? Ese “irse en brazos del amor...” ¿qué simboliza en verdad?

Se corre pues, entonces, el riesgo del incesto. A fin de cuentas, Edipo está capacitado para responder el enigma planteado por la Esfinge y lograr el desbarrancamiento de ella;



pero eso no evita que termine engendrando hijos con Yocasta que es su madre. Alegar que lo hecho fue realizado “sin darse cuenta” o “sin saberlo” no es propio de adultos.

Véase que como ya fue señalado varias veces, basándonos en los propios dichos de Fierro, el joven héroe no ejerce parte activa ni pro activa. Antes bien se deja llevar por los acontecimientos. O por los dictados de los que ejercen “la autoridad” en este momento encarnada en “el patrón.”

Es el despertar de la sexualidad. Donde la consciencia que, a duras penas, va afirmándose puede buscar como pareja nada menos que a lo inconsciente. Es decir: su propia madre. Un grave riesgo. Nuevamente el peligro de sucumbir frente a la seducción de las Sirenas o a la mirada de Medusa.

Son días en que el incesto, al ser algo penado y prohibido, se pena con una mutilación. Parafraseando aquí a Claude Levi Strauss diremos que es la prohibición del incesto lo que permite dar lugar a la sociedad tal como la conocemos. La castración concreta o una forma de ésta desplazada hacia otro sitio del cuerpo. No necesariamente el órgano sexual. Y aún hay otras formas de manifestación por desplazamiento de la castración.

Es interesante recordar la evolución de las ideas freudianas en relación al tema de la castración y del incesto; así como el papel que cupo a Carl G. Jung al respecto en el pensamiento de Freud.

“Se observará en primer lugar que el tema de la sofocación del incesto es formulado inicialmente sin ninguna referencia a la castración, en una carta del 31 de mayo de 1897, en la cual sólo se evoca a modo de explicación el carácter antisocial del incesto, en el mismo sentido, en 1905, en los Tres ensayos de teoría sexual. A la inversa, cuando aparece en el análisis de Hans la referencia a la organización edípica, el tema de la



castración no está en ninguna parte relacionado con la prohibición del incesto. Sólo se lo vincula al autoerotismo; la amenaza de castración respalda la censura por la madre de los tocamientos del niño.

Y el hecho de que Freud haya querido señalar el alcance general del «complejo de castración» (2da. edición de La interpretación de los sueños) no hace más que subrayar que por entonces no advertía el vínculo entre la castración y el Edipo”.

En efecto, en esa época aún no se han adquirido los elementos indispensables para el desarrollo ulterior de la noción de castración: la teoría de la culpa, la importancia reconocida en el desarrollo a la fase fálica. Y sin duda no habrá que subestimar en el origen de ese desarrollo el impulso de Jung y su artículo «El papel del padre en el destino del individuo», texto elogiado por el propio Freud en una carta a Abraham. «Hasta ahora – escribió – hemos tomado casi exclusivamente en consideración el papel de la madre. El trabajo de Jung tiene la originalidad de dirigir nuestra atención hacia el padre.» La interpretación de Schreber y el comentario que aporta al respecto Tótem y tabú, consagran el alcance de esta observación; el tema se situará en adelante en el corazón del pensamiento freudiano.

Antes de ese giro fundamental, el artículo «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908) ratifica las posiciones del análisis de Hans: «El niño, principalmente dominado por la excitación del pene, ha tomado la costumbre de procurarse placer excitándolo con su mano. Ha sido sorprendido por los padres o las personas que se ocupan de él, y la amenaza de que se le va a cortar el miembro lo ha llenado de terror. El efecto de esta "amenaza de castración" corresponde exactamente al valor acordado a esa parte del cuerpo: es por lo tanto extraordinariamente profundo y duradero. Las leyendas y los mitos



atestiguan la revuelta que conmociona la vida afectiva del niño, el terror ligado al complejo de castración; en esa medida, más tarde, la conciencia repugnará incluso recordarlo».

En adelante, la noción se elaborará en dos planos..

a) La primacía del falo. En lo que concierne a la castración, significa que la reivindicación genital (fálica) sucumbe a la investidura del pene amenazado (organización genital infantil).

b) La fuente de lo interdicto: la prohibición del incesto por el padre. El artículo «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1923) sistematiza en los siguientes términos las adquisiciones anteriores: «El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. En el modo masculino, él pudo ponerse en el lugar del padre y, como éste, tener comercio con la madre, con lo cual el padre fue pronto sentido como un obstáculo; o bien el niño quiso reemplazar a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre se volvió superflua. En cuanto a saber en qué consiste el comercio amoroso que aporta satisfacción, el niño sólo debe tener de él representaciones muy imprecisas; pero lo seguro es que el pene desempeñó un papel, pues lo atestiguan sus sensaciones de órgano. No había tenido aún la ocasión de dudar de la existencia del pene en la mujer. La aceptación de la posibilidad de la castración, la idea de que la mujer está castrada, ponía entonces término a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, las dos suponían la pérdida del pene: una, la masculina, como consecuencia del castigo; la otra, la femenina, como premisa».

No obstante, en la época a la que corresponde este artículo se introduce, con la segunda tópica, la noción del superyó, apta para someter a esos datos de la observación apenas



elaborados a un primer intento de explicación: «En otro texto – continúa Freud – he explicado en detalle de qué manera sucede esto. Las investiduras de objeto son abandonadas y reemplazadas por una identificación. La autoridad del padre o de los padres, introyectada en el yo, forma el núcleo del superyó, el cual toma el rigor del padre, perpetúa la prohibición del incesto y, de tal modo, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinal de objeto. Las aspiraciones libidinales pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo que presumiblemente sucede en el momento de toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en cuanto a la meta y convertidas en mociones de ternura. El proceso, en su conjunto, por un lado ha salvado al órgano genital, ha desviado de él el peligro de la pérdida y, por otro lado, lo ha paralizado, ha cancelado su funcionamiento. Con este paso comienza el tiempo de latencia, que interrumpe el desarrollo sexual del niño».

El tema de la castración se propondrá entonces bajo dos aspectos: desde el punto de vista del superyó, es decir, de la ley bajo cuyo imperio se interioriza la prohibición paterna, y desde el punto de vista del corte, del cual el fantasma ilustra la amenaza de castración. La segunda tónica, en los términos que acabamos de citar, aporta su comentario a la omnipotencia del verbo. Al segundo aspecto de la castración, Freud le consagrará el desarrollo esencial de Inhibición, síntoma y angustia (1927), criticando la interpretación generalizada de la castración atribuida a Rank, como experiencia común a toda separación, derivada en última instancia del trauma del nacimiento. En efecto, Freud recusa esa asimilación, para reemplazarla por la noción de una incapacidad para «ligar» las excitaciones excesivas, resultantes de la ruptura de las «barreras de defensa» orgánicas.



La función asignada por Lacan al significante aclara esta construcción especulativa, refiriéndola a la organización fálica. Desde esta perspectiva, la castración corresponde a la incapacidad del sujeto para asegurar en el Otro la garantía de un goce, reservada como está al padre en su precedencia simbólica junto a la madre. En el pensamiento de Lacan, el Otro ocupa, en tanto que en lugar de los significantes, la misma posición que la fuente exterior de las excitaciones emanadas del ambiente, en la exposición biológica de Freud. La ventaja de la formulación de Lacan consiste en que articula el estatuto de la operación castración – supresión del órgano – y el de su objeto. Desde esta perspectiva (seminario sobre la relación de objeto, 1959) se apela a su determinación respectiva bajo las categorías de lo imaginario, lo simbólico y lo real: la frustración, imaginaria, se da un objeto real (frustración femenina del pene); la privación, real, se da un objeto simbólico (objeto sustraído); la castración será considerada como simbólica de un objeto imaginario; en este último caso entendemos que la castración constituye la representación simbólica de una emasculación que recae en un objeto imaginario, el falo absoluto del padre omnipotente.

Observemos no obstante que, si bien esta noción de la castración explicita el atolladero estructural del que darán testimonio la experiencia y la angustia de castración, no basta para fundar en su generalidad una lógica (en este caso, una lógica «ampliada») de la sexualidad. El seminario *Aun* (1972) se ocupa de ella en la medida en que toma por tema la «imposibilidad» de la relación sexual, por lo cual se entiende la imposibilidad de una «escritura» lógica de la sexualidad de sujeto hablante. Es en esta perspectiva que se plantea el principio de que «no hay relación sexual.» (Lecturas de Psicoanálisis)



Si conviniéramos que la castración es una acción que produce el padre sobre su hijo a efectos de quitarle la posibilidad de reproducirse; esto es, de tener poder; entonces la castración puede aparecer desplazada en la pérdida tanto de la familia como de las posesiones materiales. Lo que se evidencia en uno de los castigos más terribles que existieron en la antigüedad cual fue el del destierro. El desterrado había perdido su familia, su linaje, su tierra y con ello todas sus posesiones. Lo terrible del castigo es que se le permitía seguir vivo para que pudiera extrañar lo perdido, sufrir por lo que se le ha quitado. Allí está la castración.

Con la llegada de “la leva” Martín Fiero es castrado. Pierde todo cuanto tiene: desde lo afectivo hasta lo material.

“Tuve en mi pago en un tiempo

hijos, hacienda y mujer,

pero empecé a padecer,

me echaron a la frontera

¡y que iba a hallar al volver!

tan sólo hallé la tapera. (Hernández, 2004, p.41)

El Juez, quien aplica las normas, el que imparte la Justicia, el que encarna al Padre claro está, es quien promete ayuda para la desamparada familia de Fierro, traicionándolo y quitándole lo que el protagonista suponía definitivamente propio. La castración se ha operado. Desarraigo por un lado y, por otro, pérdida de bienes afectivos (mujer, hijos) y materiales (hacienda, rancho, etc.) A más, obsérvese como ya señalamos anteriormente que la actitud de este hombre es de resignación, de entrega, como sujeto pasivo obedece



lo que se le ordena (a pesar de ir contra su voluntad) y como habrá de señalarse más adelante, durante su estadía en la frontera pasa bastante tiempo antes de comprender que lo han engañado y que lo prometido (paga dineraria por los servicios prestados a la patria, comodidades, ropas, cabalgadura, etc.) nunca le serán otorgados y que su rol no habrá de ser otro que el de sirviente. Es la etapa que el mismo Fierro describirá de “gaucho manso”, dispuesto a la obediencia, a no discutir, a no desafiar los imperios de la ley.

*“Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber;
Pronto debíamos volver,
Según el Juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.”*

*“Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron,
la hacienda se la vendieron
pa pagar arrendamientos,
y qué sé yo cuántos cuantos
pero todo lo fundieron.”*

*“Los pobrecitos muchachos
entre tantas afliciones,
se conchabaron de piones;*



*¡mas qué iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar!”* (Hernández, 2004, p.66)

Sobre esto insistirá en “La Vuelta de Martín Fierro” en la estrofa que dice:

*“¡Irse a cruzar el desierto
lo mesmo que un forajido,
dejando aquí en el olvido,
como dejamos nosotros,
su mujer en brazos de otro
y sus hijitos perdidos!”* (Hernández, 2004, p.129.)

Pero, por sobre todo, lo que pierde es la ilusión, la creencia de que un mundo idílico es posible. En este sentido, el protagonista comienza a crecer. Por eso, la descripción que hace de sí mismo al principiar el poema está construida desde el lugar del héroe. Quien cuenta, refiere a un tiempo ido (el Mito del Paraíso Perdido) y al cual para superar y no dejarse hundir en las entrañas de lo inconsciente, debió luchar sin pausa.

De forma tan intensa está atrapado Martín Fierro por estas fuerzas inconscientes que lo mantienen en un estado infantil en el que cree que todo es fácil y que es posible reconstruir el estado paradisiaco que, aún después de haber sido reclutado, llevado a la frontera y acontecido mil y una calamidades al – finalmente – decidirse a proyectar una huida que le permita alcanzar la ansiada libertad, piensa que en las tolderías encontrará un lugar apacible. Las tolderías son el lugar más aislado de su recorrido. Están mucho más allá de los límites – más o menos seguros – del cinturón de fortines (simbolizando el



límite entre la civilización y “el desierto”; entre lo consciente y lo inconsciente; entre la razón y las emociones) lo que implica adentrarse definitivamente en lo desconocido. A nuestros efectos es lo Inconsciente Colectivo, lo arquetípico. Fierro, ingenuamente, lo imagina de este modo:

*“Allá habrá siguridá
ya que aquí no la tenemos,
menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.”*

*“Fabricaremos un toldo,
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro.
que sea sala y sea cocina.
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!”*

*“Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor;
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida
lo pasa echao panza arriba
mirando dar guelta el sol.”*



*“Y ya que a fuerza de golpes
la suerte nos dejó aflús,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas
todas las tierras son guenas:
vámonós, amigo Cruz.”* (Hernández, 2004, p.109)

Conviene atender aquí a varios aspectos de lo arquetípico. Se destaca el del Niño Eterno, pues la propuesta de Fierro más se aproxima a un comentario hecho a un compañero de juegos infantiles que a dos que están en verdaderos aprietos y su vida en peligro concreto. Ir hacia lo desconocido – pues de las tolderías ha oído hablar pero nunca estuvo – en lugar de causarle inquietud y pensar en precaverse, lo presenta como un paseo liviano al fin del cual, de nuevo, se podrá encontrar la Edad de Oro. Un sitio “donde no hay que trabajar” y en el cual es posible pasar la existencia sin requerir ningún tipo de progreso ya que alcanza con pasarla “echao panza arriba.”

Otra cuestión que destacar es la idea de construir el toldo, que será la vivienda compartida entre Cruz y Fierro. Son dos varones proponiéndose compartir un albergue. Hasta allí. Ahora bien, en el caso que alguna mujer “se apiade”; esto es, les tenga lástima y quiera ocuparse de ellos, entonces será bienvenida. ¡Difícil encontrar una actitud de mayor pasividad en el varón! ¿Qué esperan de esa mujer? ¿Cuál es el imaginario? ¿Una mujer que compartirán Fierro y Cruz? ¿O sólo se trata de la china que se ocupará de las tareas hogareñas, si así puede llamarse? A toda vista la presencia del Arquetipo del Anima en su aspecto desvalorizado, siendo que no es objeto de seducción ni de pasión. O, en todo caso, un desplazamiento del Arquetipo de la Gran Madre en su vertiente



cuidadora, protectora; pero asexual. Tener una mujer en el albergue pero desprovista de los atributos de mujer deseable para un hombre.

Referencias

Braunstein, N. *A más de medio siglo de "El Malestar en la cultura" de Sigmund Freud.*

Buenos Aires: Siglo XXI.

Hernández, J. (2004). *Martín Fierro.* Buenos Aires: Gárgola.

Jung, G. (1964). "Septen Semones ad Mortus". En *Recuerdos, sueños, pensamientos.*

Barcelona: Seix Barral.

Lecturas de Psicoanálisis. Disponible en <http://www.rosak-lecturas.com.ar/libros/diccionario/c-002.htm>